



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

# Las tesis de Belgrano

Facultad de Lenguas y Estudios Extranjeros  
Carrera de Traductorado Público, científico-  
técnico de inglés

Ideología y traducción

Nº 189

Mariana Rial

Tutora: Marta I. Trejo

Departamento de Investigación  
Marzo 2006



# Índice

Introducción .....	5
Traducción: Web of Deceit: Britain's Real Role in the World .....	5
Bibliografía de consulta .....	15
Bibliografía de referencia .....	15
Breve explicación del proceso de traducción .....	16
Bibliografía de consulta .....	18
La ideología del traductor y su influencia sobre el texto traducido .....	18
Bibliografía de consulta .....	20
Bibliografía de referencia .....	21
Conclusión .....	21



## Introducción

El objetivo de esta tesina es observar los diversos efectos que la ideología, tanto del traductor como del autor del texto original, puede tener sobre la labor de traducción. Este es un factor personal que pocas veces se tiene en cuenta al momento de traducir, pero que en algunos casos puede afectar significativamente la traducción. A lo largo de todo el trabajo se tendrá en cuenta la premisa de que toda persona posee una ideología y que todas las expresiones personales se ven influidas por ella. Por lo tanto, el traductor, como individuo, se ve afectado por sus ideas y creencias al momento de traducir, por lo cual es imposible que se transforme en una parte «invisible» del proceso comunicativo.

En las dos primeras partes, *Traducción y Breve explicación del proceso de traducción*, se ve el ejemplo de la traducción de un texto altamente cargado de la ideología del traductor y luego se analizan las dificultades que pueden surgir al traducirlo. El texto es un fragmento del libro *Web of Deceit: Britain's Real Role in the World*, en el cual Mark Curtis, su autor, opina sobre la política exterior británica. Por último, en la tercera parte, *La ideología del traductor y su influencia sobre el texto traducido* se presenta un desarrollo teórico y se dan ejemplos de la relación entre la ideología personal del traductor y su traducción.

## Traducción

### Web of Deceit: Britain's Real Role in the World

#### WEB OF DECEIT: BRITAIN'S REAL ROLE IN THE WORLD

##### Original

This is an extract from Mark Curtis's *Web of Deceit: Britain's Real Role in the World*, published by Vintage.

His website is at <http://www.markcurtis.info/>.

#### WEB OF DECEIT: BRITAIN'S REAL ROLE IN THE WORLD

##### By Mark Curtis

Since achieving power in 1997, New Labour government ministers have ceaselessly made extraordinary claims about the morality of their foreign policies and wanting to be a 'force for good in the world'. Never in British history has there been such a gap between government claims and the reality of policy.

The reality is that Britain under New Labour is a systematic violator of international law and ethical standards in its foreign policy - in effect, an outlaw state. It is a key ally of some of the world's most repressive regimes that is consistently condoning, and sometimes actively aiding, human rights abuses. During a so-called 'war against terrorism', Britain is in fact one of the world's leading apologists for, and supporters of, state terrorism by allies responsible for far more serious crimes than Al Qaida or other official threats. And, in the era of globalisation, Britain under Labour is championing a fundamentalist economic ideology that is promoting the increasing takeover of the global economy by big business.

A web of deceit is obscuring this picture. People in Britain are largely unaware of what has been done in their name, even as government policies undermine our own interests. The public's understanding of Britain's real role in the world is being obscured by an ideological system - principally, the mainstream me-

##### Fragmento

El siguiente es un fragmento del libro *Web of Deceit: Britain's Real Role in the World*, de Mark Curtis, publicado por Vintage.

El sitio Web del autor es <http://www.markcurtis.info/>  
**RED DE ENGAÑOS: EL VERDADERO PAPEL DE GRAN BRETAÑA EN EL MUNDO**

##### Mark Curtis

Desde su llegada al poder en 1997, los ministros del gobierno del Nuevo Laborismo han hecho continuas y asombrosas declaraciones sobre la moralidad de su política exterior y sobre su deseo de formar parte de las «fuerzas del bien en el mundo». Nunca antes en la historia de Gran Bretaña las declaraciones del gobierno se mostraron tan lejos de la realidad de sus decisiones.

La realidad es que Gran Bretaña, gobernada por el Nuevo Laborismo, viola sistemáticamente las normas del derecho internacional y los criterios éticos con su política exterior; de hecho, es un estado que se encuentra al margen de la ley. Es un aliado clave de algunos de los regímenes más represores del mundo y tolera repetidos abusos de los derechos humanos, en los que en algunos casos tiene una participación significativa. Durante la denominada «guerra contra el terrorismo», a nivel mundial Gran Bretaña es en realidad uno de los principales apolo-gistas y partidarios del terrorismo de estado ejercido por sus aliados, responsables de crímenes mucho más graves que aquellos cometidos por Al Qaeda u otras amenazas oficiales. Y en la era de la globalización, Gran Bretaña, bajo el gobierno del partido laborista, está respaldando una ideología económica fundamentalista que promueve un control cada vez ma-

dia - that is largely accepting at face value New Labour's rhetoric on its moral purpose.

Current British foreign policies are generally not only immoral, but also dangerous, for the British public as well as others. These policies are helping to make the world more insecure, unequal and abusive of human rights. In the post-September 11th world, the threat of terrorism by organisations like Bin Laden's Al Qaida is certainly real, but it is the policies of our own government, and our principal ally, the US, that are in reality the greatest threat to the public. It is in our self-interest, therefore, to press for fundamental changes to Britain's role in the world.

Blair government claims are often extraordinary. Labour's first Foreign Secretary, Robin Cook, spoke of 'putting human rights at the centre of foreign policy' and outlined an 'ethical dimension' to foreign policy one month after taking office. Tony Blair promises to help heal the 'scar on the conscience of the world', referring to poverty and conflict in Africa, and to 'fight for justice' globally. He ceaselessly stresses the concept of global interdependence and has outlined 'a new doctrine of international community', saying that national interest is 'to a significant extent governed by international collaboration'. 'We are all internationalists now', he declared in a speech in Chicago in April 1999.

Former Foreign Office minister Peter Hain has written of 'our mission to conquer world poverty and build international peace and a world based upon justice, equality and human rights'. The International Development Secretary, Clare Short, says that British aims are to 'systematically reduce poverty and promote sustainable development in the poorest countries'. Even the Trade Secretary, Patricia Hewitt, says at every available opportunity that Britain is promoting 'fair trade' globally and is on the side of developing countries in the international trade negotiations that are reshaping the global economy. Officially, Britain is on the side of the angels.

Never before has the public of a democratic country been subject to such an extraordinary ongoing tirade of propaganda. For the government is, quite generally, promoting actual policies that are directly opposite to this rhetoric.

The reality of Britain's current and past role in the world can be shown by taking an independent look at current policy using a variety of sources beyond the mainstream and by revealing the formerly secret, now declassified government planning files. This book argues that we need to extricate ourselves from the web of reporting and analysis that obscures this reality and from the deceit promoted by the elite - and that behind the diplomatic language and presentation of policy-makers lies a peculiar British viciousness, evident all around the world, past and present. It is not that British elites are evil or that everything they do is immoral and dangerous. There are some

yor de la economía mundial por parte de las grandes empresas.

Una red de engaños impide ver esta situación. Entre los habitantes de Gran Bretaña existe un amplio desconocimiento de lo que se ha hecho en nuestro nombre, a pesar de que las medidas gubernamentales tomadas actúan en desmedro de nuestros propios intereses. Se evita que el público comprenda el verdadero papel que Gran Bretaña juega en el mundo a través de un sistema ideológico difundido especialmente por los medios dominantes, que acepta casi sin discusión la retórica del Nuevo Laborismo sobre sus intenciones morales.

En general, la actual política exterior británica no sólo es inmoral, sino también peligrosa, tanto para el pueblo británico como para otros. Esta política exterior ayuda a hacer del mundo un lugar más inseguro, desigual y en el que se cometen abusos de los derechos humanos. Después de lo ocurrido el 11 de septiembre la amenaza de actividades terroristas por parte de organizaciones como Al Qaeda, liderada por Bin Laden, es indudablemente real, pero son las medidas tomadas por nuestro propio gobierno y por nuestro aliado principal, Estados Unidos, las que representan en realidad la mayor amenaza para el pueblo. Por lo tanto, es por nuestro propio bien que debemos reclamar cambios fundamentales en el papel de Gran Bretaña en el mundo.

Las declaraciones del gobierno de Blair suelen resultar asombrosas. El primer ministro de Relaciones Exteriores laborista, Robin Cook, habló de «poner a los derechos humanos en el centro de la política exterior» y planificó una «dimensión ética» para la política exterior un mes después de asumir su cargo. Tony Blair promete ayudar a cerrar la «cicatriz en la conciencia del mundo», al referirse a la pobreza y a los conflictos en África, y «luchar por la justicia» en todo el mundo. Resalta continuamente el concepto de interdependencia mundial y ha descrito «una nueva doctrina de comunidad internacional» al señalar que el interés nacional se encuentra «regido en gran medida por la colaboración internacional». «Ahora todos somos internacionalistas», afirmó en un discurso que dio en Chicago en abril de 1999.

El ex ministro de Relaciones Exteriores, Peter Hain, escribió sobre «nuestra misión de acabar con la pobreza mundial y construir la paz internacional y un mundo basado en la justicia, la igualdad y los derechos humanos». La secretaria de Desarrollo Internacional, Clare Short, sostiene que las metas británicas son «reducir sistemáticamente la pobreza y promover el desarrollo sustentable en los países más pobres». Incluso la secretaria de Comercio e Industria, Patricia Hewitt, afirma en cada oportunidad posible que Gran Bretaña promueve un «comercio justo» a nivel mundial y que se ubica del lado de los países en desarrollo en las negociaciones comerciales internacionales que le están dando un nuevo formato a la

exceptions to promoting generally unethical foreign policies - but they are few and pale in comparison with the broader picture.

Britain's real role in the world is a great betrayal of people in this country. I believe they expect the government to uphold the moral values abroad that most people uphold in their daily lives. This is partly why, as I argue in this book, the public is in reality seen by elites as the great threat to pursuing their priorities.

In the chapters that follow, I look at some of the major foreign policies of the Blair government: its illegal wars; its support for a 'war against terrorism' that is acting as a pretext for a new phase of global intervention and US imperial power; its support for repressive elites and state terrorism; its arms exports that help sustain repressive governments; its aim to reshape the global economy; and its extraordinary new role as recognised international expert on state propaganda (mis-labelled 'spin').

I also tell the story of several long-forgotten past British interventions revealed in now declassified documents - in Iran, Malaya, British Guiana and Kenya. These interventions were much more brutal than usually believed and make exceedingly worrying reading - in Kenya alone, 150,000 Africans died as a result of British policy in the 1950s. These interventions reveal a contempt for grand ethical principles that has passed easily from Conservative to Labour and from the colonial era to the present.

I also sketch an outline of the ideological system that prevents the public from seeing the reality of Britain's role in the world. This system makes it easier for elites to pursue policies in their interests and against the public interest. It is not a conspiracy; rather, the system works by journalists and academics internalising sets of values, generally accepted wisdom and styles of reporting.

It means that even big stories can rarely if ever see the light of day. One example is how the British government was complicit in the genocide of Rwanda in 1994 that killed a million people. Another is Britain's role in the slaughter of a million people in Indonesia in 1965 - a story as much buried as British complicity in Indonesia's invasion of East Timor in 1975. Meanwhile, the people of Diego Garcia, thrown off their islands and the subject of a decades-long Whitehall conspiracy to banish them from history, continue to seek justice in a brave struggle but remain largely unknown to the British public.

The liberal intelligentsia in Britain is in my view guilty of helping to weave a collective web of deceit. Under New Labour, many commentators have openly taken part in Labour's onslaught on the world, often showering praise on Tony Blair and his ministers for speaking the language of rights, development and global security as they proceed to demolish such noble virtues in their actual policy. To read many mainstream commentators' writings on Britain's role in the

economía mundial. Oficialmente, Gran Bretaña se encuentra del lado de los ángeles.

Nunca antes el público de un país democrático ha sido víctima de tan asombrosa y continua diatriba de propaganda política. Esto se debe a que, con frecuencia, el gobierno incentiva la adopción de medidas que en realidad son diametralmente opuestas a esta retórica.

La realidad del papel pasado y presente de Gran Bretaña en el mundo puede sacarse a la luz mediante una observación independiente de la política actual utilizando varias fuentes, además de las dominantes, y revelando los informes de planeamiento gubernamentales, que antes eran secretos y que ahora han sido desclasificados. En este libro se afirma que debemos liberarnos de la red de información y análisis que encubre esta realidad y del engaño promovido por la elite, y que detrás del lenguaje diplomático y de la imagen de los gobernantes se encuentra una particular falta de moralidad británica, evidente en todo el mundo, tanto en el pasado como en el presente. Esto no significa que las elites británicas sean malvadas o que todo lo que hagan sea inmoral y peligroso. Existen algunos casos excepcionales en los que no se promueven medidas poco éticas sobre política exterior, pero son pocos y se ven opacados si se los compara con la situación más general.

El verdadero papel de Gran Bretaña en el mundo es una gran traición a los ciudadanos de este país. Creo que el pueblo espera que el gobierno respete en el exterior los valores morales que la mayoría de la población respeta en su vida cotidiana. Es en parte por este motivo que, como afirmo en este libro, el público en realidad es visto por las elites como la gran amenaza a la satisfacción de sus prioridades.

En los capítulos que siguen, examino algunas de las medidas más importantes en materia de política exterior adoptadas por el gobierno de Blair: sus guerras ilegales, su apoyo a una «guerra contra el terrorismo» que sirve de pretexto para una nueva fase de la intervención a nivel mundial y del poder imperialista de Estados Unidos, su apoyo a las elites represoras y al terrorismo de estado, la exportación de armas que ayuda a mantener gobiernos represores, su objetivo de reformular la economía mundial y su asombroso nuevo papel como un reconocido experto internacional en propaganda de estado (mal llamada «publicidad institucional»).

También relato la historia de varias intervenciones británicas pasadas caídas en el olvido y que han sido reveladas en documentos ahora desclasificados, como las de Irán, Malasia, Guyana Británica y Kenia. Estas intervenciones fueron mucho más brutales de lo que suele pensarse y sus relatos resultan profundamente inquietantes para quien se disponga a leerlos. Tan solo en Kenia, 150.000 africanos murieron a causa de las medidas políticas británicas durante la década de 1950. Estas intervenciones revelan un des-

world is to enter a surreal, Kafkaesque world where the reality is often the direct opposite of what is contended and where the starting assumptions are frighteningly supportive of state power. My view is that the intelligentsia suffers from the same malady of 'elitism' as policy-makers, generally choosing to side with them, often being willingly taken in. The British liberal intelligentsia generally displays its servitude to the powers that be rather than to ordinary people, whether here or abroad.

The view has long been held that Britain 'has lost an empire and not yet found a role', in the famous words of US Secretary of State, Dean Acheson, several decades ago. Yet Britain's real role is easily discovered if we are concerned enough to look; the problem is that the results of such a search are quite unpleasant. Britain's role remains an essentially imperial one: to act as junior partner to US global power; to help organise the global economy to benefit Western corporations; and to maximise Britain's (that is, British elites') independent political standing in the world and thus remain a 'great power'.

In the final chapter, I end with some thoughts on the major challenges ahead if we are serious about changing for good Britain's role in the world - a truly necessary task, in the light of its past and present record.

#### THE CONCEPT OF «BASIC BENEVOLENCE»

The ideological system promotes one key concept that underpins everything else - the idea of Britain's basic benevolence. Mainstream reporting and analysis usually actively promotes, or at least does not challenge, the idea that Britain promotes high principles - democracy, peace, human rights and development - in its foreign policy. Criticism of foreign policies is certainly possible, and normal, but within narrow limits which show «exceptions» to, or «mistakes» in, promoting the rule of basic benevolence. Government statements on its always noble intentions are invariably taken seriously and rarely even challenged, let alone ridiculed. These assumptions and ways of reporting are very deep-rooted.

Thus *Guardian* editors can write of «Britain's reputation as both a respecter and champion of human rights». One of its regular columnists can write that «the foreign policies of democratic states, beyond the basic requirement of ensuring physical security, are now based firmly on two pillars - trade advantage and human rights». In their book on the New Labour government, two *Guardian* writers can refer to Blair as «a high minded champion of human rights». Similarly, an academic can write of «Britain's commitment to third world development» - a fact, requiring no justification. The list could go on, and cover the entire mainstream.

Indeed, it is only we who are benevolent. As the *New Statesman's* John Lloyd has written: «the defen-

precio por ciertos nobles principios éticos que se ha transmitido sin dificultad del conservadurismo al laborismo y desde la era colonial hasta la actualidad.

También describo el esquema de un sistema ideológico que impide que el público vea la realidad del papel de Gran Bretaña en el mundo. Gracias a este sistema las elites pueden lograr que se adopten medidas que favorezcan sus propios intereses y actúen en contra del interés público. No es una conspiración, sino que el sistema funciona gracias a que ciertos periodistas e intelectuales internalizan este conjunto de valores, el saber generalmente aceptado y los estilos de presentar la información.

Incluso hay historias de gran importancia que rara vez salen a la luz. Un ejemplo es la complicidad del gobierno británico en el genocidio ocurrido en Ruanda en 1994, en el que murió un millón de personas. Otro ejemplo es el papel de Gran Bretaña en el asesinato de un millón de personas en Indonesia en 1965, una historia tan sepultada como la complicidad británica en la invasión por parte de Indonesia de Timor Oriental en 1975. Mientras tanto, los habitantes de la isla Diego García, desterrados de su territorio y víctimas durante décadas de una conspiración por parte del gobierno británico para eliminarlos de la historia, siguen buscando justicia en una valiente lucha, pero el público en su mayoría aún desconoce su historia.

En mi opinión, los intelectuales liberales de Gran Bretaña son culpables de ayudar a tejer una red colectiva de engaños. Durante el gobierno del Nuevo Laborismo varios periodistas han formado parte abiertamente del furioso ataque del laborismo contra el mundo, generalmente deshaciéndose en halagos hacia Tony Blair y hacia sus ministros por hablar el idioma de los derechos, el desarrollo y la seguridad mundial mientras se dedican a demoler tales nobles valores con su verdadera política. Leer ciertos artículos escritos por periodistas de los principales medios sobre el papel de Gran Bretaña en el mundo es adentrarse en un mundo surrealista, kafkiano, donde la realidad suele ser diametralmente opuesta a lo que se afirma y estar basada en premisas que sustentan de manera aterradora el poder estatal. Mi opinión es que los intelectuales sufren la misma fiebre de «elitismo» que los gobernantes, con quienes eligen aliarse y entre quienes son frecuentemente aceptados con beneplácito. Los intelectuales del liberalismo británico suelen mostrarse serviles ante los poderes establecidos, en lugar de estar al servicio de las personas comunes, ya sea en el país o en el extranjero.

Durante mucho tiempo se ha sostenido la idea de que Gran Bretaña «perdió un imperio y aun no ha encontrado su papel», citando las famosas palabras que el secretario de Estado estadounidense, Dean Acheson, pronunciara hace varias décadas. Sin embargo, es posible descubrir el papel de Gran Bretaña con facilidad si nos ocupamos de buscarlo; el problema es que los resultados de esta búsqueda son bas-



ce of human rights - or more accurately, the aggressive promotion of human rights in an arena, such as Kosovo, where they are being brutalised - is a posture confined to the rich and secure world».

Beneath this overarching concept of basic benevolence stands a set of pillars - key strategies promoted by the elite that are assumed to contribute to Britain's benevolent role in the world and promotion of high principles. These strategies make up the single ideology on which there is consensus across the elite, as outlined in chapter 13 - such as strong support for the US, in the context of a special relationship, promotion of global economic «liberalisation», support for key elites, and a strong military intervention capability. Reporting and analysis that fall outside this construct - and certainly that directly challenge it - will tend to get excluded.

The ideological system gears into particular action during war, providing justification for the government's resort to force and backing its (always noble) aims. In war, the public is in effect actively mobilised by the various components of the elite in support of state policy. Television news functions even more extremely ideologically at these times, in practice usually abandoning any pretence of objectivity and acting simply as the mouthpiece of the state, though trying to preserve a facade of independence. Only rarely is real dissent possible in such crises in mainstream newspapers and never on television.

Consider how the media supported the Blair government during 1999 in mobilising the nation to bomb Yugoslavia supposedly in defence of the highest humanitarian values. This was no easy task since it soon became clear to any independent onlooker that it was the NATO bombing that precipitated, rather than prevented, the humanitarian catastrophe. At the same time, as noted in chapter 7, our allies in Indonesia were engaged in atrocities in East Timor similar to those of Milosevic; while a few months later the same values were still relevant as Putin's Russia was committing crimes in Chechnya greater in scale than those of Milosevic in Kosovo. But in these cases the values that provided the pretext for bombing Yugoslavia needed to be buried. After a few obvious parallels were drawn between the situations in the media, the previous humanitarian pretexts used for Kosovo were indeed safely forgotten in these other conflicts.

Criticism in the mainstream of British wars tends to be restricted to the tactics used to achieve the assumed noble aims, and whether the government has chosen the right strategy to discharge its high nobility or whether it will make «mistakes».

The debate in the mainstream on bombing Yugoslavia over Kosovo, did involve argument over whether it was a «just war» or not; but both sides of this debate generally accepted that the government was seeking to achieve its stated humanitarian aims. That the government may have been acting out of other

tante desagradables. El papel de Gran Bretaña sigue siendo esencialmente imperialista: actuar como socio minoritario del poder mundial estadounidense, ayudar a organizar la economía mundial para beneficiar a las empresas occidentales y explotar al máximo la posición política independiente de Gran Bretaña (es decir, de las elites británicas) en el mundo para así seguir siendo una «gran potencia».

En el último capítulo, concluyo con algunas reflexiones sobre los grandes desafíos que nos esperan si nos comprometemos seriamente a cambiar para siempre el papel de Gran Bretaña en el mundo, una tarea realmente necesaria a la luz de su actuación en el pasado y en el presente.

### EL CONCEPTO DE «BENEVOLENCIA BÁSICA»

El sistema ideológico promueve un concepto clave que subyace todo lo demás: la idea de la benevolencia básica de Gran Bretaña. La información y los análisis que ofrecen los medios convencionales suelen difundir activamente, o al menos no cuestionan, la idea de que Gran Bretaña defiende a través de su política exterior tan respetables principios como la democracia, la paz, los derechos humanos y el desarrollo. Es posible realizar críticas a la política exterior, y es normal hacerlo, pero dentro de estrechos límites que muestran «excepciones» o «errores» en la difusión de la regla de la benevolencia básica. Las declaraciones del gobierno sobre sus siempre nobles intenciones se aceptan invariablemente con seriedad y casi nunca se las cuestiona, ni mucho menos se las ridiculiza. Estas premisas y modos de presentar la información se encuentran profundamente arraigados.

Es así que los editores del periódico *The Guardian* pueden escribir sobre «la reputación que tiene Gran Bretaña como campeón y observador de los derechos humanos». Uno de sus columnistas habituales puede afirmar que «en la actualidad, la política exterior de los estados democráticos, además de cumplir con el requisito básico de garantizar la seguridad física, encuentra una firme base en dos conceptos fundamentales: ventajas comerciales y derechos humanos». En su libro sobre el gobierno del Nuevo Laborismo dos periodistas de *The Guardian* pueden referirse a Blair como «un noble promotor de los derechos humanos». Del mismo modo, un académico puede escribir sobre el «compromiso de Gran Bretaña con el desarrollo del tercer mundo» sin necesidad de justificación alguna. La lista podría seguir e incluir infinidad de casos.

De hecho, los únicos benevolentes somos nosotros. Como escribió John Lloyd, de la revista *New Statesman*: «la defensa de los derechos humanos, o más precisamente, la promoción intensiva de los derechos humanos en un contexto, como el de Kosovo, en donde se los está tratando brutalmente, es una postura que sólo puede adoptar el mundo rico y seguro».

Bajo este amplio concepto de benevolencia bási-

motives entirely was almost never questioned, despite the evidence.

The same goes for much media coverage of Iraq. Most reporting assumes that British aims are basically benevolent - the more regular criticism is whether government strategy is the right one to achieve noble objectives. This contrasts with reporting on US policy, where US aims of controlling Iraqi oil, or of installing an undemocratic, pro-US regime, are more openly discussed than British involvement in the same. This said, media reporting on Iraq in 2002/3 has involved many more dissenting views than was the case over the bombing of Yugoslavia. The reason is that there is no elite consensus on war with Iraq, which is rather being promoted by a small band of people around the prime minister. Many parts of the establishment are opposed to war (for tactical reasons to achieve British objectives, not for moral reasons, which are irrelevant to them). Therefore, the media framing can be much wider and include many more critical voices.

*The Guardian's* coverage of the war in Afghanistan was a real exception to normal reporting, in that a series of comment pieces over several months put various critical perspectives and exposed much of the reality of the war and its motives. This unusual occurrence was due to one comment editor, Seumas Milne, who allowed a diversity of views - evidence in fact of how individuals can help change even well-established systems. This did not, however, stop some other reporters from toeing the state line in numerous cases elsewhere in the newspaper.

It is interesting to note that there is only one British military intervention over the past fifty years that has been severely criticised and government motives questioned in the mainstream - the invasion of Egypt in 1956 (usually called the «Suez crisis» or «fiasco» in the ideological system). Since there are many horrible British interventions worthy of attention and condemnation, with effects worse than in Egypt in 1956, why is this singled out for criticism? The reason is obvious - Britain lost. It therefore deserves a lot of soul-searching within the elite. Other interventions where we successfully blasted the nips deserve no such criticism, since we won, therefore what could possibly be the problem?

A leading US analyst of the media and foreign policy, Edward Herman, has said that «it is the function of experts and the mainstream media to normalise the unthinkable for the general public». This role sanitises quite terrible policies and presents them as «normal», current examples of which include hundreds of thousands of deaths in Iraq through sanctions, war crimes in Yugoslavia and mass civilian deaths in Afghanistan. When presented in the mainstream media, none of these outcomes tend to elicit the horror they deserve; all are normal.

The French philosopher Jean Guehenno has said

ca se encuentra un conjunto de pilares, estrategias clave promovidas por la elite que, se asume, contribuyen al papel benevolente de Gran Bretaña en el mundo y a la promoción de sus nobles principios. Estas estrategias componen la única ideología acerca de la cual existe consenso entre toda la elite, tal como se describe brevemente en el capítulo 13, como por ejemplo el fuerte apoyo a Estados Unidos en el contexto de una relación especial, la promoción de la «liberalización» económica mundial, el apoyo a las elites clave y una alta capacidad de intervención militar. La información y los análisis que no pueden insertarse dentro de este esquema, y por supuesto los que lo cuestionan directamente, tienden a quedar excluidos.

El sistema ideológico tiene un funcionamiento particular durante las guerras y permite justificar el uso de la fuerza por parte del gobierno y sustentar sus (siempre nobles) metas. De hecho, durante la guerra el público se encuentra profundamente movilizad por los diversos componentes de la elite que apoyan la política estatal. Las noticias televisivas cumplen una función aún mucho más ideológica en estos momentos y en la práctica suelen abandonar toda pretensión de objetividad y actuar simplemente como portavoz del estado, aunque intentan preservar una imagen independiente. Sólo en raras ocasiones es posible demostrar un verdadero disenso durante estas crisis en los periódicos dominantes y nunca en televisión.

Obsérvese el apoyo que los medios brindaron al gobierno de Blair durante 1999 para movilizar a la nación a favor del bombardeo a Yugoslavia, supuestamente en defensa de los más altos valores humanitarios. Esto no fue tarea fácil, ya que pronto resultó claro para cualquier observador independiente que fue el bombardeo de la OTAN lo que precipitó, más que previno, la catástrofe humanitaria. Al mismo tiempo, como se menciona en el capítulo 7, nuestros aliados en Indonesia estuvieron involucrados en atrocidades en Timor Oriental similares a las generadas por Milosevic; mientras que unos meses después los mismos valores aún eran relevantes cuando la Rusia de Putin cometía crímenes en Chechenia de escala mayor que los de Milosevic en Kosovo. Pero en estos casos era necesario enterrar los valores que sirvieron de excusa para bombardear Yugoslavia. Luego de que los medios demostraran algunos paralelos obvios entre estas situaciones, los pretextos humanitarios antes utilizados para Kosovo fueron convenientemente olvidados en estos otros conflictos.

En general, las críticas en los medios dominantes a las guerras británicas se limitan a hablar sobre las tácticas utilizadas para conseguir las supuestas metas nobles y sobre si el gobierno ha elegido la estrategia correcta para demostrar su gran nobleza o si va a cometer «errores».

El debate en los medios dominantes sobre el bombardeo a Yugoslavia debido a la situación en Kosovo suscitó controversia sobre si era una «guerra justa» o

that «the worst betrayal of intelligence is finding justification for the world as it is». But this is often the role played by experts, to explain the everyday as normal, justifiable, requiring little change, but rather «stability» and few upsets to «world order» unless controlled by us. In fact, the everyday is a horror for many people - the half of the planet that lives in absolute poverty, as well as the victims of torture and repression in the US and British-backed client states, for example.

Elites throughout history have presented their policies as in the natural order of things, which helps to obscure the pursuit of their own particular interests. An important aspect of the ideological system is rendering a single view dominant or «natural», presenting current policies as inevitable, and undermining the possibility of alternatives. «Globalisation» is presented by elites as such a natural phenomenon, and critics ridiculed as Luddites who cannot stop the inevitable march of history. These curiously Marxist, determinist views mask the elite's goal under globalisation of promoting total global economic «liberalisation» - a far from inevitable outcome, but a strategy chosen by the liberalisation theologians of New Labour, and their allies among the transnational elite.

If the current horrible policies are «normal», the alternatives are «unthinkable». Even to mention the indictment of Tony Blair for war crimes, to oppose British cooperation with the US because it is a consistent supporter of human rights abuses overseas, or even to end arms exports is «unthinkable» in the mainstream and would invite ridicule.

Take the *Guardian's* Ian Black, who writes that a key aim of the International Criminal Court is to avoid: «politically motivated or frivolous investigations - what one expert calls the 'nutcase factor': for instance, of the possible pursuit of [Northern Ireland secretary] Mo Mowlam or Tony Blair for crimes against humanity». Only «nutcases» could possibly believe Our Leader could ever be guilty of crimes against humanity. (One such «nutcase» is former US Attorney General, Ramsay Clark, who lodged a complaint against Britain in July 1999 for war crimes during its assault on Yugoslavia.)

A customary way for the elite to deflect criticism is to term it a «conspiracy theory», which is common across the ideological system. There is a good reason for it. British elites have built a fundamentally secretive political system for which they are minimally accountable to the public. As noted in chapter 13, they believe the public should have only a marginal say in this system outside elections, and - to judge from some of the views expressed in the Scott inquiry - neither do they think the public should even know what the decision-making processes are. Elites are especially keen to deflect criticism exposing how the system works, which is more threatening than criticising specific policies (which can be dismissed as «ex-

no; pero ambas partes del debate generalmente aceptaban que el gobierno buscaba alcanzar sus declaradas metas humanitarias. Nunca se cuestionó el hecho de que el gobierno podría haber estado actuando por otros motivos totalmente distintos, a pesar de las pruebas existentes.

Lo mismo se puede decir respecto de gran parte de la cobertura de los medios de la situación en Irak. En la mayoría de las noticias se da por sentado que las metas británicas son básicamente benevolentes, la crítica más común apunta a si la estrategia gubernamental es o no la correcta para lograr los nobles objetivos. Esto contrasta con la información sobre la política de Estados Unidos, acerca de la que se discuten más abiertamente las metas estadounidenses de controlar el petróleo iraquí o de instalar un régimen antidemocrático pro Estados Unidos, que la participación británica en estas actividades. Dicho esto cabe señalar que la información difundida por los medios sobre Irak en 2002/3 incluyó muchas más opiniones disidentes que cuando se trató el bombardeo de Yugoslavia. Esta situación se debe a que no hay consenso entre la elite con respecto a la guerra con Irak, impulsada en realidad por un pequeño grupo de gente cercana al primer ministro. Muchas partes del *establishment* se oponen a la guerra (por razones tácticas para conseguir los objetivos británicos, no por razones morales, que para ellos son irrelevantes). Por lo tanto, el abanico reflejado en los medios puede ser mucho más amplio e incluir muchas más voces críticas.

La cobertura de *The Guardian* sobre la guerra en Afganistán fue una verdadera excepción a la típica información difundida, ya que en una serie de artículos de opinión publicados a lo largo de varios meses se mostraron varias perspectivas críticas y se puso al descubierto gran parte de la realidad de la guerra y sus motivos. Esta situación atípica se debió a que un editor de la sección de opinión, Seumas Milne, permitió que se expresase una diversidad de opiniones, lo que demuestra cómo los individuos pueden cambiar incluso aquellos sistemas profundamente arraigados. Sin embargo, esto no evitó que algunos otros periodistas difundieran la historia oficial en otras secciones del periódico.

Es interesante observar que en los últimos cincuenta años solo una intervención militar británica recibió duras críticas y cuestionamientos a los motivos del gobierno en los medios dominantes. Se trata de la invasión de Egipto en 1956 (generalmente llamada la «crisis» o «fiasco del canal de Suez» en el sistema ideológico). Dado que hay muchas intervenciones británicas horribles dignas de atención y condena, con consecuencias peores que las de Egipto en 1956, ¿por qué se elige ésta para la crítica? La razón es obvia, Gran Bretaña perdió. Por lo tanto merece un importante examen de conciencia entre la elite. Otras intervenciones en las que tuvimos

ceptions»). The term «conspiracy theory» is often deployed once criticism has moved beyond the specific and is closer to exposing how the system as a whole works.

My view is that «ordinary people» - and I count myself as one of these - generally distrust their sources of information and know, ultimately, not to believe what they read or see. This is partly because ordinary people, in my view, have a much healthier scepticism of those in power than those closer to power or those aspiring to the political class. People have little stake in the elite and therefore have no reason to trust it.

But I do not believe that people can be aware of the extent to which they are being misinformed. Foreign policy is different from domestic issues, where you only have to spend time in a hospital or have a child who goes to school, to know the state of public services. But with foreign policy people are overwhelmingly reliant on news rather than personal experience, which makes indoctrination much easier. Even if people have enough self-defence mechanisms to avoid being directly told what to think, it is very likely that the media tells them what to think about.

It is not that one cannot discover much about the reality of government policy. All the sources I have used in this book are public. But you have to make a real effort, and spend considerable time, which is simply not possible for most people. It involves proactively looking for alternative sources of information, usually a variety of different sources, to piece together an accurate picture, and then weighing these against mainstream sources.

It also involves what the great Kenyan novelist Ngugi Wa Thiongo has called «decolonising the mind». Ngugi was referring to Africans needing to free themselves from ideologies often subconsciously adopted under colonialism. The British public needs, in my view, to do the same thing, and consciously unlearn most of what we have been informed about and «educated» on regarding Britain's role in the world. This applies not only to the media, but to school and university too. Again, these are not easy tasks.

Overall, I believe that people are being indoctrinated into a picture of Britain's role in the world that supports elite priorities. This is the mass production of ignorance. It actively works against our interests, which is precisely why the ideological system is critical to the elite, who essentially see the public as a threat.

The basic fact is that anyone who wants to understand the reality of Britain's past and current foreign policies cannot do so by relying on the mainstream. As the chapters on Kenya, Malaya, British Guiana, Iran and others have shown, the reality of British policy is systematically suppressed; whole episodes in Britain's history have become severely ideologically treated. Interpretations of history that ac-

éxito no reciben estas críticas, ya que ganamos, y por lo tanto, ¿cuál podría ser el problema?

Edward Herman, un destacado analista estadounidense de los medios y la política exterior, afirmó que «es la función de los expertos y de los medios dominantes normalizar lo impensable para el público general». Este papel purifica medidas bastante terribles y las presenta como «normales», como por ejemplo, los cientos de miles de muertes provocadas por las sanciones impuestas a Irak, los crímenes de guerra en Yugoslavia y las bajas civiles masivas en Afganistán. Cuando se exponen en los medios dominantes, ninguno de estos eventos tiende a reflejar el horror que merecen, todos son presentados como normales.

El filósofo francés Jean Guehenno ha dicho que «la peor traición de la inteligencia es encontrar una justificación para el mundo tal como está». Pero éste es generalmente el papel que juegan los expertos, explicar lo cotidiano como normal, justificable, sin necesidad de cambio, sino de «estabilidad» y de unas pocas alteraciones en el «orden mundial», salvo que estén controladas por nosotros. De hecho, lo cotidiano para muchas personas es una situación horrible, para la mitad del planeta que vive en la pobreza absoluta, así como también para las víctimas de torturas y represión en los estados clientes apoyados por Estados Unidos y Gran Bretaña, por ejemplo.

A lo largo de la historia las elites han presentado sus políticas como el orden natural de las cosas, lo cual ayuda a ocultar lo que en realidad pretenden: la satisfacción de sus intereses particulares. Un aspecto importante del sistema ideológico es instalar una sola mirada dominante o «natural», presentar la política actual como inevitable y socavar la posibilidad de alternativas. La «globalización» es presentada por las elites como un fenómeno natural y los críticos son ridiculizados como luditas que no pueden detener el inevitable avance de la historia. Estos puntos de vista curiosamente marxistas y deterministas enmascaran el propósito que persigue la elite mediante la globalización: difundir la total «liberalización» económica mundial, un resultado para nada inevitable, pero que es la estrategia elegida por los teólogos de la liberalización del Nuevo Laborismo y sus aliados en la elite internacional.

Si las horribles medidas actuales son «normales», las alternativas son «impensables». Siquiera mencionar la acusación a Tony Blair por crímenes de guerra, oponerse a la cooperación británica con Estados Unidos debido a que este país apoya de manera sistemática los abusos a los derechos humanos en el exterior, o incluso terminar con la exportación de armas resulta «impensable» en los medios dominantes y sugerirlo es una invitación a hacer el ridículo.

Tomemos como ejemplo a Ian Black, de *The Guardian*, quien escribe que una meta clave de la Corte Penal Internacional es evitar «investigaciones frívolas

cord with the preferences of elites are the dominant ones. Given the extent of this ideological treatment of the past, what has happened is akin to the destruction of history. The task of any independent historian is to reconstruct real-life history, to rescue it from a self-serving web of deceit.

o motivadas por razones políticas, o lo que un experto denomina el 'factor de la locura': por ejemplo, la posibilidad de que se lleve a juicio a (la ministra para Irlanda del Norte) Mo Mowlam o a Tony Blair por crímenes de lesa humanidad». Solo un «loco» sería capaz de siquiera creer que Nuestro Líder podría ser culpable de crímenes contra la humanidad (uno de estos «locos» es el ex procurador general estadounidense, Ramsay Clark, quien inició una demanda contra Gran Bretaña en julio de 1999 por los crímenes de guerra cometidos durante su ataque a Yugoslavia).

Para repeler las críticas, la elite suele calificarlas de «teorías conspirativas», situación común en todo el sistema ideológico. Hay una buena razón para hacerlo. Las elites británicas han construido un sistema político fundamentalmente secreto por el cual tienen una responsabilidad mínima ante el público. Como se menciona en el capítulo 13, creen que al pueblo solo le correspondería una participación secundaria en este sistema más allá de las elecciones y, a juzgar por algunas de las opiniones expresadas en el informe oficial realizado por Sir Richard Scott, también piensan que el público ni siquiera debería conocer los procesos de toma de decisiones. Las elites son especialmente astutas para desviar las críticas que dejan al descubierto el funcionamiento del sistema, que resultan más amenazadoras que las críticas a medidas específicas (que pueden ser rechazadas como «excepciones»). Con frecuencia se recurre al término «teoría conspirativa» una vez que las críticas han superado los límites del caso específico y se encuentran más cerca de desenmascarar cómo funciona el sistema en su conjunto.

Mi opinión es que las «personas comunes», y me incluyo dentro de este grupo, generalmente desconfían de las fuentes de información y saben, en última instancia, que no deben creer lo que leen o ven. Esto se debe en parte a que las personas comunes, pienso, poseen un escepticismo mucho más sano hacia los que están en el poder que aquellos que se encuentran cerca del poder o que aspiran a formar parte de la clase política. La gente deposita pocas esperanzas en la elite y por lo tanto no tiene motivos para confiar en ella.

Pero no creo que el público pueda darse cuenta de cuán mala es la información que recibe. La política exterior es diferente de los asuntos internos, respecto de los cuales basta con pasar un tiempo en un hospital o tener un hijo que asista a la escuela para conocer el estado de los servicios públicos. Pero con la política exterior la gente depende en buena parte de las noticias más que de la experiencia personal, lo cual facilita en gran medida el adoctrinamiento. Aun cuando la gente cuente con suficientes mecanismos de defensa personal para evitar que se le diga directamente qué pensar, es muy probable que los medios le digan sobre qué pensar.

Esto no significa que uno no pueda descubrir

mucho sobre la realidad de las medidas gubernamentales. Todas las fuentes que he utilizado en este libro son públicas. Pero hay que realizar un verdadero esfuerzo y dedicarle muchísimo tiempo, lo cual simplemente no es posible para la mayoría. Esta tarea implica buscar fuentes alternativas de información, generalmente una variedad de fuentes diferentes, para así obtener una imagen precisa y comparar esta información con la provista por las fuentes dominantes.

Dicha investigación también incluye lo que el gran novelista keniano Ngugi Wa Thiongo ha denominado «descolonizar la mente». Ngugi se refería a la necesidad que tienen los africanos de liberarse de las ideologías generalmente adoptadas en forma inconsciente bajo el colonialismo. El público británico necesita, en mi opinión, hacer lo mismo y desaprender concientemente casi todo lo que nos han informado y lo que nos han «enseñado» con respecto al papel de Gran Bretaña en el mundo. Esta idea no solo es válida con relación a los medios, sino también en lo que respecta a las escuelas y universidades. Por supuesto, no son tareas fáciles.

En general, considero que se le está inculcando al público una imagen del papel de Gran Bretaña en el mundo que respalda las prioridades de la elite. Esta es la producción masiva de ignorancia. Cumple un papel fundamental en contra de nuestros intereses, y es por esta misma razón que el sistema ideológico es vital para la elite, para quien el público representa esencialmente una amenaza.

En definitiva, todo aquel que quiera comprender la realidad de la política exterior británica del pasado y del presente no podrá hacerlo confiando en los medios dominantes. Como se ilustra en los capítulos sobre Kenia, Malasia, Guyana, Irán y otros, la realidad de la política británica se oculta sistemáticamente, episodios completos de la historia británica han sido tratados con un fuerte sesgo ideológico. Las interpretaciones de la historia que concuerdan con las preferencias de las elites son las dominantes. El grado de tratamiento ideológico del pasado es tal que lo ocurrido colabora con la destrucción de la historia. La tarea de cualquier historiador independiente es reconstruir la verdadera historia, rescatarla de la egoísta red de engaños.

## Bibliografía de consulta

- Diccionario Clave*. [en línea]. (2003) Grupo Editorial SM. Madrid. <<http://clave.librosvivos.net/>>
- El castellano.org. La página del idioma español*. [en línea]. (2004) **Asociación Cultural Antonio de Lebrija. Río de Janeiro**. <<http://www.elcastellano.org/>>
- Hornby, A. S. (1995) *Oxford Advanced Learner's Dictionary of Current English*. Crowther, J. (ed). Oxford University Press. Oxford
- Houghton Mifflin Company. (2000) *The American Heritage Dictionary of the English Language - Fourth Edition*. [en línea]. Yahoo! Inc. Sunyvale. <<http://education.yahoo.com/reference/dictionary/>>
- Instrucciones para traductores y correctores*. (1994) EMECE. Buenos Aires.
- Merriam-Webster, Inc. (1993) *Webster's third new international dictionary of the English language, unabridged*. Babcock Gove, P. (ed.). Merriam-Webster Inc. Springfield.
- Merriam-Webster, Inc. (2004) *Merriam-Webster Online Dictionary and Theasaurus* [en línea]. Merriam-Webster, Inc. Springfield. <<http://www.m-w.com/>>
- Merriam-Webster, Inc. (2004) *Webster's online dictionary. The Rosetta Edition*. [en línea]. Philip M. Parker, INSEAD. Fontainebleau. <<http://www.websters-online-dictionary.org/>>
- Miles, A. D. (1999) *Business English Spanish Glossary*. [en línea]. Miles, A. D. <<http://www.andymiles.com/>>
- Moliner, M. (1996) *Diccionario del uso del español. Edición electrónica*. [cd-rom]. versión 1.0 - A partir del Diccionario de Uso del Español de María Moliner (1.ª edición). Editorial Gredos, S.A. Madrid.
- Orallana, M. (1999) *Glosario internacional para el traductor. Tercera edición*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile
- Orellana, M. (1998) *La traducción del inglés al castellano. Guía para el traductor*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.
- Ortega Caverro, D. (1984) *Gran Sopena de sinónimos y asociación de ideas*. Editorial Ramón Sopena S.A. Barcelona.
- Real Academia Española. (2001) *Diccionario de la lengua española. Vigésima segunda edición*. [en línea]. Real Academia Española. Madrid. <<http://www.rae.es/>>
- Simon & Schuster, Inc. (1997) *Diccionario internacional inglés-español. Segunda edición*. Macmillan. Nueva York.
- Wilson, K. G. (1993) *The Columbia Guide to Standard American English*. [en línea]. Columbia University Press, Columbia. <<http://www.bartleby.com/68/78/5478.html>> [consulta 22 de abril de 2004].
- Zorrilla, A. M.; Olsen, M. L. (1997) *Diccionario de los usos correctos del español*. Estrada. Buenos Aires

## Bibliografía de referencia

- «*About New Statesman*». [en línea]. *New Statesman*. (2002) Londres <<http://www.newstatesman.com/nsabout.htm>> [Consulta 10 de abril de 2004].
- «*Iran: History*» [en línea]. *The Columbia Electronic Encyclopedia*. (2004) Infoplease. Pearson Education <<http://www.factmonster.com/ce6/world/A0858893.html>> [Consulta 26 de marzo de 2004].
- «*Short, Clare*» [en línea]. *Guardian Unlimited Politics. Ask Aristotle*. (2004) Guardian Newspapers Limited. Manchester <<http://politics.guardian.co.uk/person/0,,-4749.html>> [Consulta 26 de marzo de 2004].
- Biography of Robin Cook*. [en línea]. *The Globalist*. (2004) Washington <<http://www.theglobalist.com/DBWeb/AuthorBiography.aspx?AuthorId=295>> [Consulta 26 de marzo de 2004].
- Brunner, B. (2004) «*Where in the world is Diego Garcia?*» [en línea]. *Infoplease*. Pearson Education <<http://www.infoplease.com/spot/dg.html>> [Consulta 26 de marzo de 2004].
- Curtis, M. (2004) *Página personal de Mark Curtis*. [en línea]. <<http://www.markcurtis.info/>> [Consulta 20 de marzo de 2004].
- Hain - the establishment radical*. [en línea]. *BBC News Online*. (2002) Londres <[http://news.bbc.co.uk/1/low/uk\\_politics/1752805.stm](http://news.bbc.co.uk/1/low/uk_politics/1752805.stm)> [Consulta 26 de marzo de 2004].
- Lugones, P. «*A diez años del genocidio, Ruanda busca la reconciliación*». *Clarín*. 7 de abril de 2004.
- Mathúna, S. M.; Heathcote, J. (2002) «*Former US Attorney-General lodges complaint against NATO leaders over attack on Yugoslavia*» [en línea]. *Flame. Issue 10. Spring 2002*. <[http://www.fantompowa.net/Flame/clark\\_indict.htm](http://www.fantompowa.net/Flame/clark_indict.htm)> [Consulta 18 de abril de 2004].
- Microsoft Encarta* [cd-rom]. 2002. Microsoft Corporation. Redmond.
- Secretariado Internacional. (2003) *Catálogo de fracasos: Exportaciones de armas del G8 y violaciones de derechos humanos*. [en línea]. Amnistía Internacional. Londres <<http://web.amnesty.org/library/index/esLIOR300032003?Open&of=esl-312>> [Consulta 28 de marzo de 2004].

## Breve explicación del proceso de traducción

### Introducción

Para analizar el proceso de traducción decidí dividir el trabajo realizado en tres partes: la identificación de las características generales del texto, las consideraciones previas a la traducción y los problemas puntuales que se presentaron al momento de traducir este texto. Esta explicación permitirá observar la relación que hay entre las tres partes del proceso.

### Definición del tipo de texto y del objetivo de la traducción

El primer paso fue establecer las características generales del texto: estilo, lugar de publicación, función, datos sobre el autor, público meta, así como también la función y el público potencial de la versión traducida.

El texto seleccionado es la introducción y un fragmento del libro *Web of Deceit: Britain's Real Role in the World*<sup>1</sup>, de Mark Curtis, publicado en una página web para publicitar la salida del libro.

El estilo es esencialmente expresivo, el autor quiere demostrar su opinión sobre la política exterior británica. Sin embargo, también incluye ciertos elementos de un texto informativo, al describir algunos acontecimientos relacionados con la política británica y mencionar funcionarios y periodistas que participaron en ellos.

Dado que no conocía la obra de Mark Curtis antes de traducir este texto, investigué sobre su biografía y leí varios artículos escritos por él, algunos publicados en su página web personal. El objetivo de esta investigación fue tener una idea más amplia de cuál es su opinión respecto a ciertos temas. Desconocer esta información puede en algunos casos llevar a pasar por alto alusiones o matices que el escritor puede haber querido incluir, ya que no es posible reconocer, por ejemplo, ironías, o referencias intertextuales o contextuales. Para comprender estas referencias también fue necesario investigar sobre los hechos y las personalidades nombradas en el texto.

Con respecto a las características de la traducción, establecí que la función sería similar a la del original y que también sería publicada en una página a través de la cual se pudiera comprar el libro completo. El público meta de la traducción es el público en general, aunque probablemente interesado en la política internacional, y con cierto conocimiento sobre ella.

### Clase de traducción a emplear

Una vez definidas las características generales del texto fuente y de la traducción, pasé a determinar cuál sería el método a aplicar en la traducción. Para esto tomé como referencia las teorías de Schleiermacher y de Newmark sobre las distintas formas de traducción.

Schleiermacher<sup>2</sup> afirma que para realizar una traducción debe tomarse una de dos posiciones: acercar el autor al lector o acercar al lector al autor. En *Web of Deceit* hay una gran cantidad de referencias culturales (personalidades, publicaciones, lugares) y es con respecto a la traducción de estos términos que podría plantearse una duda sobre cuál de las dos posiciones adoptar. Dado que la cultura del autor y la del lector son diferentes resulta necesario realizar algún tipo de «acercamiento». En este caso, yo elegí la postura de acercar al lector hacia el autor porque consideré que era más importante mantener esas referencias, de gran relevancia para demostrar su opinión, que adaptar el texto a la cultura del lector.

Por su parte, Newmark<sup>3</sup> propone dos tipos de traducción, la traducción semántica y la traducción comunicativa. En términos de estos dos enfoques, la presente sería una traducción comunicativa, en la que se busca reproducir la intención del autor más que las estructuras que utiliza.

### Dificultades en la traducción

A continuación describiré tres de los principales problemas de traducción que encontré. El primero, el más general, es el uso de la ironía y las dificultades que se presentan al intentar mantener ese tono. El segundo problema es la alta frecuencia de adverbios terminados en *-ly* y las diferentes formas en las cuales se puede evitar repetir adverbios finalizados en *-mente* en castellano. El tercer problema que trataré es la traducción de las recurrentes referencias a elementos culturales.

Para mantener el tono, el espíritu del texto, es indispensable que la traducción también refleje el tono irónico que utiliza el autor en el original. Este empleo de la ironía puede observarse en el uso de la palabra

1. Mark Curtis. (2003). *Web of Deceit: Britain's Real Role in the World*. En *Propaganda, Politics, Power Volumen 1* (9 de diciembre de 2003) <<http://human-nature.com/reason/01/curtis.html>> [Consulta 14 de marzo de 2004].

2. Schleiermacher, F. (1992) From «On the Different Methods of Translating» (pág 42) en *Theories of Translation. An Anthology of Essays from Dyden to Derrida*. Schulte, R y Biguenet, S. (ed). The University of Chicago Press. Chicago.

3. Newmark, P. (1988) *A textbook of translation* (pág 47) Prentice Hall. Londres.



*extraordinary* para referirse a las declaraciones del gobierno, al hablar de que el público se ve expuesto a una gran cantidad de *propaganda* o al mencionar la *benevolencia básica* de Gran Bretaña, por citar algunos ejemplos.

Dos problemas se presentan al traducir estas frases cargadas de ironía: el primero es reconocer el «otro» significado, que va más allá del significado literal de las palabras, y el segundo es encontrar una solución aceptable en castellano para mantener el tono.

Para resolver el primer problema antes de traducir investigué sobre el autor, para conocer su posición ideológica, y también sobre las situaciones a las que hace referencia, como ya se explicó anteriormente.

Gracias a la investigación realizada antes de traducir fue posible reconocer los términos o frases que podrían resultar problemáticos. Una vez hecho esto procedí a buscar una forma de expresarlo en castellano sin cambiar el tono, teniendo en cuenta la teoría de Schleiermacher<sup>4</sup> sobre la traducción de textos con carga ideológica. Según este autor todos los hablantes tienden a «traducir» las palabras ajenas al momento de reproducirlas porque, debido a las diferencias ideológicas y personales, se suele reacomodar las palabras al modo en que uno lo hubiera dicho. Esto podía ocurrir al traducir ciertos pasajes del original en los cuales por el uso de la ironía se trasluce la ideología del autor, que no necesariamente coincide con la mía en todos los aspectos. Por ejemplo, cuando Curtis describe las declaraciones del gobierno como *extraordinary*, un término que en inglés se refiere a algo fuera de la norma y que puede utilizarse para expresar conformidad o disconformidad<sup>5</sup>. Si bien en castellano podría utilizarse *extraordinario*, solo se lograría reflejar una de las connotaciones del inglés, la de mayor o mejor que lo común<sup>6</sup>, pero se perdería la posibilidad de una interpretación con connotación negativa, que es justamente la que está explotando el autor para demostrar su opinión. Para evitar perder este contenido se podría explicitar la intención, por ejemplo, traduciendo *extraordinary* por *ridículas*, pero de este modo también se traiciona el espíritu del original. La alternativa utilizada en esta traducción fue «asombroso», que también puede tener un significado peyorativo<sup>7</sup> y permite las dos interpretaciones que permitía el original.

El segundo problema que se presenta a lo largo de todo el texto es la repetición de adverbios terminados en *-ly*. Es posible traducir estos adverbios por equivalentes finalizados en *-mente*, pero el resultado es un texto repetitivo y pesado para el lector de habla hispana. Para resolver esta dificultad apliqué el método de traducción que Vinay y Darbelnet denominan «transposición», es decir, la sustitución de una categoría gramatical por otra sin cambiar el sentido del mensaje<sup>8</sup>. Es posible observar la abundancia de adverbios terminados en *-ly* en el párrafo que comienza «*The ideological system gears into particular action...*», en el que se utilizan seis adverbios terminados en *-ly* (*actively*, *extremely*, *ideologically*, *usually*, *simply* y *rarely*). Sin embargo, utilizando la transposición es posible traducirlos de modo que solo queden dos adverbios terminados en *mente* en la versión en castellano. Empleando este método traduje la frase «*Television news functions even more extremely ideologically at these times...*» como «*Las noticias televisivas cumplen una función aún mucho más ideológica...*» y fue posible evitar utilizar la repetición de adverbios terminados en *-mente*.

Por último, el texto original está repleto de referencias a una cultura diferente a la del público meta de la traducción. Para salvar las diferencias entre ambas culturas se postulan diversas posibilidades. Una opción sería utilizar el método de adaptación<sup>9</sup>, en el cual se naturaliza mediante una equivalencia de la situación original con una situación propia de la cultura meta. Sin embargo, este método no resulta aceptable para la traducción de *Web of Deceit*, ya que si, por ejemplo, el nombre del periódico *The Guardian* se reemplazara por un equivalente tal como *Clarín*, se perdería la referencia y el sentido del original.

El método que utilicé para estas situaciones fue la explicitación (expansión)<sup>10</sup>. Entonces, donde se menciona *The Guardian* en la traducción utilicé *el periódico The Guardian*, o para *The New Statesman* agregué *la revista The New Statesman*. Esta solución concuerda con la propuesta de Nida y Taber<sup>11</sup> de acompañar el término extranjero con una breve explicación que se limite a explicitar componentes semánticos que se perderían en la cultura meta. Newmark, dentro de la traducción comunicativa, también sugiere que los componentes culturales pueden ser explicados con términos neutros (en textos informativos) o reemplazados por equivalentes culturales (en textos vocativos)<sup>12</sup>. En el caso de la traducción de *Web of*

4. Schleiermacher, F. (1992) Op. cit. (pág 36)

5. Webster's Third New International Dictionary. Merriam-Webster INC. Massachusetts.

6. Diccionario María Moliner [cd-rom] Novell, Inc, 1996.

7. Diccionario María Moliner [cd-rom] Novell, Inc, 1996.

8. López Guix, J.B., Minett Wilkinson, J. (1997) Manual de traducción inglés-castellano, (pág 261) Gedisa, Barcelona.

9. López Guix, J.B., Minett Wilkinson, J. (1997) Op. cit. (pag 277)

10. López Guix, J.B., Minett Wilkinson, J. (1997) Op. cit. (pag 283)

11. López Guix, J.B., Minett Wilkinson, J. (1997) Op. cit. (pag 340)

12. Newmark, P. (1988) Op. cit. (pág 47)

*Deceit*, tomando como base la función del texto y el público potencial establecidos antes de traducir, opté por la explicación para la mayoría de las referencias culturales.

### Conclusión

Luego de analizar las tres partes del proceso de traducción es posible observar la importancia de conocer al autor y su cultura. Esto permite luego decidir qué tipo de traducción utilizar y a qué métodos recurrir para resolver las dificultades que puedan surgir. Al traducir se debe tener en cuenta tanto las opiniones y la cultura del traductor como la propia, en especial para poder mantener tanto el contenido informativo del texto como el expresivo, dos aspectos indispensables para la comprensión del discurso.

### Bibliografía de consulta

- Curtis, M. (2003). *Web of Deceit: Britain's Real Role in the World*. En *Propaganda, Politics, Power* Volumen 1(9 de diciembre de 2003) [en línea] <<http://human-nature.com/reason/01/curtis.html>> [Consulta 14 de marzo de 2004].
- López Guix, J.B.; Minett Wilkinson, J. (1997) *Manual de traducción inglés-castellano*, Gedisa, Barcelona.
- Merriam-Webster, Inc. (1993) *Webster's third new international dictionary of the English language, unabridged*. Babcock Gove, P. (ed.). Merriam-Webster Inc. Springfield.
- Moliner, M. (1996) Diccionario del uso del español. Edición electrónica. [cd-rom]. versión 1.0 - A partir del Diccionario de Uso del Español de María Moliner (1.ª edición). Editorial Gredos, S.A. Madrid..
- Newmark, P. (1988) *A textbook of translation*. Prentice Hall. Londres.
- Schleiermacher, F. (1992) *From «On the Different Methods of Translating»*. En *Theories of Translation. An Anthology of Essays from Dyden to Derrida*. Schulte, R y Biguenet, S. (ed). The University of Chicago Press. Chicago.

## La ideología del traductor y su influencia sobre el texto traducido

### Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar en qué modo puede influir la ideología del traductor en el proceso de traducción. Consideraré algunas teorías sobre el lugar que ocupa el traductor en el proceso de comunicación, comentaré algunos ejemplos de traducciones que se vieron afectadas por la ideología del traductor y describiré las propuestas de algunos autores con respecto a qué posturas puede tomar el traductor con respecto a este tema. Este análisis se aplica principalmente a los textos cuya traducción tendrá una función similar a la del original. Es decir, textos que no requieren por parte del traductor una adaptación del «tipo de texto» aunque sí puede ser necesaria una adaptación de ciertos elementos culturales para permitir la comprensión en la cultura meta.

### El rol del traductor como participante de un modelo de comunicación

En cualquier tipo de comunicación hay al menos un emisor y un receptor. El emisor siempre tendrá alguna intención para la comunicación, pero sería ingenuo pensar que el mensaje que un emisor envía es recibido por el receptor con exactamente el mismo sentido que el emisor quiso darle, ya que la interpretación siempre se ve afectada por diversos factores. Algunos de estos están relacionados con el contexto social en el que se desarrolla la comunicación, pero también hay factores relacionados con el contexto personal, individual, que es distinto para cada individuo e influye sobre su modo de usar e interpretar el lenguaje. Por esta razón, aún si ambos participantes comparten un contexto y otros factores, la interpretación de cada receptor será única, y por lo tanto habrá tantas interpretaciones de un texto como lectores. Sin embargo, para asegurarse de que al menos el sentido principal del mensaje pueda ser comprendido correctamente, tanto el emisor como el receptor se «acomodan» el uno al otro<sup>13</sup>, por lo cual se entiende que la comunicación es un proceso de ida y vuelta.

El traductor interviene en este proceso en el que originalmente hay dos partes, un emisor (el escritor) y un receptor (el lector), agregando un participante más al modelo comunicativo anteriormente descrito. El

13. Nida, E. A. (1975) *Principles of translation as exemplified by bible translating*. (Pag. 28) En *Language structure and translation: essays by Eugene A. Nida*. Anwar S. Dil (ed) Standford University Press. Standford.

traductor actúa en este nuevo modelo como receptor y emisor al mismo tiempo, es el receptor del texto original y el emisor del texto traducido. Como ya se ha dicho, los participantes de la comunicación deben acomodarse el uno al otro para facilitar la comprensión. El traductor, por lo tanto, desde su «doble rol» debe adaptarse tanto al autor del texto original como al receptor potencial de la versión traducida.

### El traductor como individuo

El traductor, como todo lector, estará influido por su contexto social y personal, y su interpretación será tan única como la de cualquier otro lector<sup>14</sup>. Todo texto tiene múltiples lecturas que dependen de quién sea el lector, cuando el traductor recibe el texto fuente hará una de estas lecturas, que será la que reproducirá en el idioma meta<sup>15</sup>. Cuando el traductor plasma su interpretación en el idioma meta, está creando un texto que a su vez tendrá múltiples interpretaciones, que no coincidirán exactamente con las interpretaciones posibles del texto original. Esto demuestra que no es posible que el traductor sea «invisible».

La invisibilidad del traductor es un concepto estrechamente relacionado con una concepción individualista del autor, cuya expresión no está mediada por ningún otro actor<sup>16</sup>. Sin embargo, no es posible que esto ocurra, ya que, según Venuti, en el acto de traducir siempre se ejerce una cierta «violencia» sobre el original al reconstruirlo de acuerdo con la cultura meta<sup>17</sup>.

Pero no es sólo la diferencia entre las culturas lo que induce al traductor a modificar un texto, un factor muy importante que afecta la interpretación es la ideología, que según van Dijk<sup>18</sup> «están constituidas por creencias generales, socialmente compartidas» y están generalmente asociadas con un cierto grupo y con las opiniones y actitudes de éste, así como también por creencias fácticas y evaluativas sobre un conjunto de personas con determinadas características. Todo lector interpreta un texto basándose en su ideología y todo autor escribe un texto influido por su ideología, aún si no es un texto en el cual sus opiniones estén formuladas explícitamente.

### Ejemplos

Algunos ejemplos de cómo puede la ideología del traductor afectar la traducción pueden extraerse del ya citado texto de Venuti<sup>19</sup> y del ensayo de Borges *Los traductores de las 1001 noches*<sup>20</sup>.

Venuti<sup>21</sup> cita el ejemplo de una traducción hecha por Robert Graves de la versión de *Los doce césares* de Suetonio. Graves no sólo adapta el estilo de la redacción, aclarando expresamente que no quiere hacer una traducción literal porque sería incomprensible, lo cual podría incluirse entre los cambios realizados para favorecer la comprensión, sino que agrega su opinión (e ideología) a su traducción. En el texto original se describía una relación homosexual entre dos hombres. Graves, en su traducción, describe esta relación implícitamente como una perversión que da lugar al escándalo, lo cual estaría de acuerdo con la moral de su época. Pero esta adaptación, si bien se adecua a la opinión de una parte de la sociedad que leería la traducción de Graves, no refleja el sentimiento del autor del texto original con respecto al acontecimiento, quien, según Venuti<sup>22</sup>, describe la situación en términos más objetivos, sin emitir juicios de valor.

Por su parte, Borges estudia algunas de las traducciones más importantes de *Las 1001 noches* y muestra cómo cada traductor decidió qué partes de la historia original traducir y cuales omitir, lo cual dio como resultado diversas versiones, que incluso diferían en la cantidad de relatos que contenían. Estos recortes, en general, estaban relacionados con la moral de la época en la que había sido hecha cada una de las traducciones y con el nivel sociocultural del público potencial de los textos traducidos. Uno de los casos descritos por Borges es el de Mardrus, quien tradujo el libro entre 1899 y 1904 y quien, según Borges, cuestiona el carácter mágico de la obra original, al introducir en su traducción (a pesar de que Borges afirma que Mardrus «... *finje traducir...*») un elemento de duda inexistente en el original<sup>23</sup>. Aquí se deja entrever la ideología racionalista del traductor, muy distinta a la de la cultura árabe, que altera el efecto de la traducción sobre el lector.

14. Hatim, B; Mason, I. (1997) *The translator as communicator*. (pag. 147) Routledge. Londres y Nueva York.

15. Venuti, L. (1995) *The translator's invisibility*. (pag. 18) Routledge. Londres y Nueva York.

16. Venuti, L. (1995) Op. cit. (pag. 6) «... the translator's invisibility is also partly determined by the individualistic conception of authorship. (...) According to this perception the author freely expresses his thoughts and feelings in writing (...) unmediated by transindividual determinants...».

17. Venuti, L. (1995) Op. cit. (pag. 18)

18. van Dijk, T. (1998) *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*. Gedisa. Barcelona.

19. Venuti, L. (1995) Op. cit.

20. Borges, J. L. (1996) *Los traductores de Las 1001 Noches*. (pag. 397-413) En *Obras completas*. Tomo I 1923-1949. Emecé. Buenos Aires.

21. Venuti, L. (1995) Op. cit. (pag. 30-34)

22. Venuti, L. (1995) Op. cit. (pag. 30-34)

23. Borges, J. L. (1996) Op. cit. (pag. 409)

Cuanto más diferentes son las culturas entre las cuales el traductor actúa como mediador más evidente será su intervención. Schleiermacher<sup>24</sup> propone dos opciones ante esta intervención que el traductor se ve forzado a hacer: una consiste en acercar el escritor al lector y la otra en acercar el lector al autor. En mi opinión, ambas opciones son «extremas» y es posible domesticar ciertos aspectos de un texto sin necesidad de reformarlo por completo. Coincido con la propuesta de Hatim y Mason<sup>25</sup> sobre la necesidad de hacer una distinción entre la domesticación para que el texto sea apropiado para el lector meta y aquella intervención en la que se ve afectada la ideología del original.

### Consecuencias de la intervención del traductor

Cuando el traductor aplica únicamente su ideología, ya sea eliminando partes, como en los ejemplos citados, o cambiando la connotación de algunos términos, está imprimiendo su propia percepción, que es diferente de la del original, pero el lector del texto traducido no tiene forma de saber hasta qué punto fue alterado el original, a menos que tenga acceso a él. Al «eliminar» la ideología del autor del texto original podría decirse que el traductor está ejerciendo algún tipo de censura. Esto no quiere decir que el traductor tenga intención de aplicar esta censura, pero no siempre lo hace en forma consciente. En algunos textos, por ejemplo periodísticos, la ideología del original puede estar expresada más explícitamente y cuando el traductor no está de acuerdo con ella lo percibe desde la primera lectura. En estos casos puede intentar evitar en forma consciente, aunque sea momentáneamente, emitir juicios de valor sobre el texto original que luego aplicará a su traducción. Más difícil puede ser utilizar este mismo criterio en casos en los que la ideología del autor original se encuentra implícita en el texto. Frente a estos casos el traductor debe intentar extraer la ideología del original basándose en su conocimiento de la cultura fuente y del mundo, debe ser capaz de leer entre líneas para comprender la forma de razonamiento del autor original y no dejar que su primera interpretación, puramente afectada por su propia ideología, sea la que guíe la traducción.

### Conclusión

Si se tiene en cuenta el modelo de comunicación descrito por Nida y las ideas de Venuti con respecto a la invisibilidad del traductor resulta evidente que el traductor siempre realizará un aporte personal a la traducción basado en su propia ideología. Si bien las modificaciones que introduzca pueden no ser tan evidentes como las de los ejemplos citados por Borges y Venuti, siempre dejará rastros de su ideología en la traducción y, por lo tanto, no será «invisible».

Una propuesta con respecto a cómo se podría tratar esta imposibilidad de ser «invisible» sería que el traductor, para realizar su labor lo más profesionalmente posible, debería poder reconocer cuándo está aplicando su ideología y cuándo simplemente está realizando una adaptación que facilita la comunicación (según cual sea el público meta), para así poder distinguir entre la traducción efectiva y la censura, que le niega al lector la posibilidad de conocer la diversidad de percepciones que existen en las distintas culturas.

### Bibliografía de consulta

- Borges, J. L. (1996) *Los traductores de Las 1001 Noches*. En *Obras completas. Tomo I 1923-1949*. Emecé. Buenos Aires.
- Hatim, B; Mason, I. (1997) *The translator as communicator*. Routledge. Londres y Nueva York.
- Nida, E. A. (1975) *Principles of translation as exemplified by bible translating*. En *Language structure and translation: essays by Eugene A. Nida*. Anwar S. Dil (ed) Standford University Press. Standford.
- Schleiermacher F. (1992) *From «On the different methods of translating»*. En *Theories of Translation. An anthology of essays from Driden to Derrida*. Schulte, R y Biguenet, S (ed.) The University of Chicago Press. Chicago.
- van Dijk, T. (1998) *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*. Gedisa. Barcelona.
- Venuti, L. (1995) *The translator's invisibility*. Routledge. Londres y Nueva York.

24. Schleiermacher F. (1992) *From «On the different methods of translating»* (pag. 42) en *Theories of Translation. An anthology of essays from Driden to Derrida*.

Schulte, R y Biguenet, S (ed.) The University of Chicago Press. Chicago.

25. Hatim, B; Mason, I. (1997) Op. cit. (pag. 162) «... we would wish to distinguish between the kind of domestication involved in deleting a discourse for the sake of target text reader-acceptability and the thoroughgoing but unacknowledged revision of an ideology...»

**Bibliografía de referencia**

- Bell, R.. (1995) *Translation and translating: theory and practice*. Longman. Nueva York.
- Mason, I. (1998) *Communicative/functional approaches*. En *Routledge encyclopedia of translation studies*. Baker, M. (ed). Routledge. Londres y Nueva York
- Newmark, P. (1988) *Translation criticism*. En *A textbook of translation*. Prentice Hall. Londres.
- van Dijk, T. (1995) *Discourse semantics and ideology*. En *Discourse and society* 6 (2) (páginas 243-289). SAGE publications. Londres.

**Conclusión**

A partir de lo desarrollado en las tres partes de esta tesina fue posible tomar conciencia de que existen factores personales, como la ideología del traductor, que en muchas ocasiones no son tenidos en cuenta al hablar del proceso de traducción y del papel que ocupa el traductor dentro del proceso comunicativo, pero que pueden afectarlo notablemente.

Al realizar la traducción de *Web of Deceit* pude comprobar en forma práctica lo postulado en la parte teórica acerca de la necesidad de conocer la cultura del autor y el contexto del original para poder identificar la ideología del traductor y volcarla en la traducción. Para esto fue necesario tener en cuenta no sólo el contexto cultural del lector potencial de la traducción, sino también mi propia ideología para evitar que interfiriera en la trasmisión de las ideas del autor del original. Se agrega entonces un factor más a considerar al momento de elegir el método de traducción a aplicar e incluso en la selección de los términos a utilizar. Esto último se logra al tomar conciencia de que el traductor es también parte del proceso comunicativo intercultural y no sólo un intermediario «invisible» que tan sólo transfiere contenidos de un idioma a otro.





